

*MEMORIA DEL S. XX: GERARDO BUJANDA (1919-2019)*<sup>1</sup>

*Resumen:*

*Gerardo Bujanda Sarasola (1919-2019) fue un importante político nacionalista donostiarra. Fue diputado constituyente por Gipuzkoa en 1977 y diputado en el primer Congreso legislativo en 1979. Pero anteriormente ya había sido un joven nacionalista en la II República y el gudari más joven del Batallón Saseta. Seguramente, su labor más importante se centró en la resistencia contra el franquismo.*

*Palabras clave: S. XX. San Sebastián. Nacionalismo. Franquismo. Resistencia.*

*Laburpena:*

*Gerardo Bujanda Sarasola (1919-2019) Donostiako politikari nazionalista garrantzitsua izan zen. 1977an Gipuzkoatik diputatu konstituziogilea izan zen eta baita 1979an lehenengo Kongresu legegilearen diputatua ere. Lehenago, II Errepublikan gazte nazionalista izan zen eta baita Saseta bataloiaren gudaririk gazteena ere. Ziuraski, bere lanik handiena frankismoaren aurkako erresistentzian gauzatu zen.*

*Hitz-gakoak: XX. mendea. Donostia. Nazionalismoa. Frankismoa. Erresistentzia.*

*Abstract:*

*Gerardo Bujanda Sarasola (1919-2019) was an important nationalist politician from San Sebastian. He was a constituent deputy for Gipuzkoa in 1977 and a deputy in the first legislative Congress in 1979. But previously he had already been a young nationalist in the Second Republic and the youngest*

---

(1) Este trabajo forma parte de las investigaciones desarrolladas por el Grupo acreditado Tipo A del Sistema Universitario Vasco IT-1227-19 “Nacionalización, Estado y violencias políticas. Dimensión social, discursos y prácticas (siglos XIX-XXI)”, que cuenta con el apoyo de un proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad (HAR2017-83955-P) y con la ayuda de la Universidad del País Vasco (GIU18/107).

*gudari of the Saseta Battalion. Surely, his most important work focused on resistance against Franco.*

*Keywords: 20th. century. San Sebastián. Nationalism. Francoism. Resistance.*

Gerardo Bujanda murió el pasado 4 de septiembre, pocos días más tarde de cumplir los cien años. Gerardo conoció la República, la Guerra Civil y sus epígonos, la dictadura y la clandestinidad, la transición democrática y la autonomía; y en muchas ocasiones se encontró en primera fila.

Este recuerdo no tiene ni carácter hagiográfico ni político. Es el recuerdo a un hombre que me dedicó cinco mañanas en el otoño de 2016<sup>2</sup>, a un hombre que me regaló su tiempo y sus recuerdos. Es, pues, más que historia, la memoria que él tenía de su vida. Andaba yo por entonces trabajando sobre la Guerra Civil y los primeros años del franquismo en Gipuzkoa. Mi amiga Itziar Bujanda, su hija mayor, me animó a hablar con su padre. Por eso conocí a Gerardo en su casa de Benta Berri.

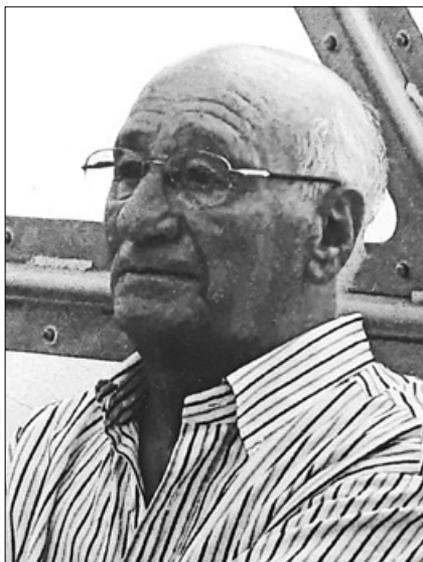
Bujanda tenía entonces 97 años, pero era un hombre vital, alegre, socarrón y con una fuerza física impresionante para sus años. A veces, se agarraba la cabeza con las manos y la movía con cierto frenesí aludiendo a su falta de memoria. Sin embargo, creo que le flaqueaba menos que a mí. Leía el periódico, consultaba sus libros, trabajaba en el ordenador, me sacaba algunos viejos textos para la siguiente mañana, paseaba, se iba los miércoles de comida con sus amigos... Era un ejemplo para el inmediato jubilado que me iba a convertir. Era también un hombre humilde que se veía a sí mismo como una persona corriente, sin ninguna relevancia intelectual. De humor ácido, me guardaré de alguna confidencia por los tiempos inquisitoriales que corren. También era un hombre irónico que ponía en solfa todo, empezando por su propia biografía. “He sido un insensato”, me repetía.

## **1. Una niñez y una adolescencia en el Antiguo**

Gerardo Bujanda Sarasola nació el 25 de agosto de 1919 en la calle Matía 12. Su padre Fortunato, de ideología carlista, era de Iguzkitza, de Tierra

---

(2) Entrevistas hechas el 8, 15, 22 y 22 de noviembre y el 13 de diciembre.



Gerardo Bujanda Sarasola

Estella. Su madre Luisa, a la que apenas recuerda, era de la zona de Asteasu. El matrimonio tuvo seis hijos, entre los que Gerardo ocupó el cuarto lugar. Sus padres fueron trabajadores de Suchard. Se trataba de una familia muy modesta, que tenía que recurrir a acoger huéspedes en casa para llegar a fin de mes.

Su madre murió joven y su padre algo más tarde, pero también sin cumplir los 50, allá por 1934. Ambos fallecieron de tuberculosis. El Antiguo que conoció Gerardo dista mucho del de ahora. Era un barrio industrial, obrero, “con caras tristes”, sufrido, en donde la

tuberculosis hizo furor, y en donde los socialistas tenían fuerza obrera.

Gerardo consideraba a su hermana mayor María Luisa como una madre para él, pues tuvo que hacerse cargo de la casa y de la familia, abandonando sus estudios de piano. Él cursó estudios primarios hasta los 14 años en las escuelas públicas de la calle Hériz. Nunca fue el número uno de clase, siempre el segundo tras Antonio Corral, más tarde futbolista y luego entrenador del Eibar.

La familia Bujanda era muy religiosa. Su hermano mayor Benito (1910-1937) fue presidente de los Luises, donde también ingresó Gerardo. Contaba que debía gran parte de su formación a los curas, y había sido muy amigo de muchos, entre ellos los obispos Osés o Setién. “He aprendido mucho de los curas”, señalaba. Sin embargo, ponía en solfa la influencia clerical en su partido, y fue contrario al *Jaungoikoa* de JEL.

Los chicos Bujanda se inclinaron por el nacionalismo vasco. Su hermano Benito daba conferencias, Inocencio (1916-2014) escribía en *Lan-Deya*... Eran “solidarios”, de Solidaridad de Obreros Vascos (hoy, ELA). Él nunca fue *solí*, nunca estuvo sindicado. Todos ellos frecuentaban el batzoki, abierto en 1931 en Matía 10, justo al lado de su casa.

Gerardo, bilingüe aunque con el castellano como lengua principal, fue a la Academia de Lengua y Declamación Vasca, dirigida por Toribio Alzaga y M.<sup>a</sup> Dolores Agirre. Trabajó de chico como peón, pero siguió estudios de contabilidad, por lo que su ocupación laboral fue mayormente la de administrativo. También se formó en AVASC<sup>3</sup>, una asociación de formación católica obrera de los años 30.

Tuvo una adolescencia muy política. Corrían los efervescentes años republicanos. Se afilió a Euzko Gaztedi Kirolzalea, organización juvenil del PNV. Pegó carteles a favor del Estatuto con solamente 14 años. Y también contra Gil Robles. Con 15 años se entrenó con un viejo pistolón en Tximistarri. Y es que en la época, las armas circulaban por doquier. Recuerda la bomba que los socialistas les pusieron a las Esclavas en el barrio. En el batzoki corrían rifles y pistolas Star, siendo su hermano Inocencio el encargado de repartirlas.

## 2. Una juventud en guerra

Los nacionalistas actuaron como fuerza de orden tanto en la insurrección de 1934 como en el verano de 1936. En 1934 se ocupó de cuidar el vecino convento de Santa Rita. En 1936 estuvo con otros compañeros en el convento de San Bartolomé, con la pistola en el cinto y calada la boina de EGK. Cumplió los 17 años en el frente de Oiartzun. Achacaba a los anarquistas el llamado “terror rojo” que vivió San Sebastián en el verano de 1936. Consideraba que Chiapuso había dorado su biografía con unas memorias arrogantes. Fue testigo de asaltos a tiendas y de asesinatos terribles: tuvieron que proteger a gente en el batzoki, y vio a gente que los llevaban a ser fusilados en el paseo de Hériz.

Con sus 17 años recién cumplidos, abandonó San Sebastián un día antes de su ocupación con rumbo a Loiola (Azpeitia), en donde se reunieron los batallones nacionalistas guipuzcoanos. De allá partieron en camiones hacia Bermeo. Cuando se creó el Euzko Gudarostea, quedó integrado en el Batallón

---

(3) Gerardo me informó de qué era AVASC, de la que, ignorante, nunca había oído hablar. Se trata de las siglas de Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana, un organismo que existió entre 1931 y 1936, inspirado por la doctrina social de la Iglesia. Funcionó con clases para obreros en Bilbao, San Sebastián y Vitoria. En su ámbito convivieron católicos nacionalistas y no nacionalistas, por lo que las tensiones estallaron, máxime si tenemos en cuenta el efervescente ambiente republicano. Los *solis* lo tacharon de amarillo, de defender a los patronos. Estuvo muy mediatizado por ciertos sacerdotes como el jesuita Azpiazu o Alberto Onaindía.

Saseta (*Saseta Gudaldia Izkil-azkarrak*), uno de los 25 batallones del PNV, aunque había también dos milicianos anarquistas.

Recordaba que era un batallón formado por cinco compañías de ametralladoras. Cada compañía, formada por unos ochenta chicos. El batallón



Benito Bujanda Sarasola (1910-1937).

estaba bastante bien organizado frente al desastre general. “Era sensato”, apuntaba. Al utilizar armamento más pesado, estaban menos expuestos al peligro que los fusileros. Se quejaba de la falta de cañones y, sobre todo, de aviones. Gerardo era el gudari más joven del batallón, y trabajó sobre todo de enlace. Sus hermanos Benito e Inocencio también estaban en él. Benito, su ídolo de juventud y a quien nunca olvidó, murió en el frente de Lemoa en 1937. Inocencio, que tenía una tara en la pierna, ocupó labores administrativas y fue condenado a muerte, pena conmutada por la de reclusión de 30 años.

Gerardo recordaba con emoción a su hermano mayor Benito, tras 80 años de su muerte. Tenía madera de líder. Aparte de ser el presidente de Los Luises, fue boxeador, en un pequeño gimnasio del Antiguo, fue futbolista del Izarra de Egia, impartía conferencias políticas y sociales, había hecho el servicio militar como sargento de complemento... En julio de 1936, cuando el golpe de estado, su hermano le mandó que comprara un pan grande de 2 pesetas y un queso, por si acaso. Este era el ambiente. Benito protegió a policías que vivían en el Antiguo de la locura terrorista de aquel momento, estuvo en el frente de Irún... Fue su ídolo.

Gerardo era muy crítico sobre cómo se trata la guerra. Aborrecía de la visión épica y heroica. Todo lo consideraba normal, nada inusual. Se exageraban virtudes como el valor o el honor. Había visto morir de miedo a oficiales, pues salían del refugio cuando eran cañoneados. Personalmente, el miedo lo

sentía después del peligro, cuando se daba cuenta de que al lado alguien había sido herido o muerto por la metralla.

En Balmaseda, antes de la rendición de los batallones nacionalistas, pasó al Cuerpo 14 del Ejército regular español. Allí trabajó como ayudante de Pedro Ordoki. Tras la rendición de Santoña, el mismo día que cumplió los 18 años, fue recluido en un campo de Laredo cuidado por los italianos. Allí vio suicidarse a muchos milicianos.

Tras nueve meses de guerra, después del bautismo de fuego, fue afeitado por primera vez en el campo de Laredo sin cumplir los 20 años. Así fue la juventud de muchos de aquella generación. Le rasuró Eliseo, el barbero del Antiguo, el barbero de su padre y de sus hermanos. En el campo también contrajo el tifus. Los italianos le trasladaron en camilla al Sanatorio Marítimo Antituberculoso de Pontejos, en donde estuvo unos seis meses. La directora, Elvira López Doriga, hija de un coronel liberado por los nacionalistas, le protegió y se hizo su madrina de guerra.

De Pontejos pasó a otro campo de concentración, situado en el recinto del palacio de la Magdalena, en Santander. Allí estuvo otros cinco meses. A partir de aquí, sin ser nunca juzgado, atravesó por un rosario de campos: Miranda, Badajoz, Pozoblanco, Navahermosa, Belvis de la Jara, Talavera de la Reina, Las Rozas y Villanueva.

Entraron en Madrid el 29 de marzo. Lloraban por haber perdido la guerra, pero la gente los tomaba por prisioneros de los rojos, y les besaban: “Mira, cómo les han tratado”, decían al verles desharrapados. Muecas del destino, les mandaron levantar la tribuna para la celebración del desfile de la Victoria. Tuvo también el triste mandato de quemar la biblioteca de Cipriano Rivas Cherif, el cuñado de Azaña.

En torno a Madrid le tocó exhumar muertos, fusilados por los rojos. También de desenterrar minas y explotarlas. Era peligroso, pero, me señalaba, que en aquel momento no le importaba mucho el morir: un hermano muerto, otro en el penal, sus hermanas en Francia... Vio de todo en aquel desfile de los horrores.

De Madrid le mandaron a Rentería, a construir la carretera de Arkale. Estaban alojados en La Lanera. Sus hermanas ya habían vuelto para 1940 y le visitaron. Cuenta Gerardo, pícaramente, que tenía ganas de comer un chicharro bien regado de sidra. Adujo ir al dentista para ausentarse, llegar a San Sebastián y darse un atracón en la sidrería de Casimiro. Lo peor fue, más tarde, cuando tuvo que convencerle al dentista para que le sacara un diente sano.

### 3. Una madurez en la resistencia

“Añoro la clandestinidad”, me decía Gerardo al borde del centenario. “Me daba vida”, “lo pasaba bien”, apuntaba.

Tras su estancia en La Lanera, estuvo cuatro meses en casa. Ya no en la calle Matía sino junto a su hermana pequeña Charo, en la calle Miracruz. De Matía no había quedado nada, pues les quitaron hasta los muebles de la antigua casa.

Era 1940 y ya empezó a colaborar en la resistencia y trabajó con las redes que sacaban aviadores ingleses de Francia para llevarlos a Bilbao.

Gerardo tenía 21 años y, aunque arrastraba una guerra de tres años, tenía que cumplir el servicio militar. Los informes le tachaban de “peligroso social”, por lo que si no quería ir a la Legión o a algún batallón de trabajadores, debía conseguir un informe falso. Fue el hermano de su padre, el tío Paulino, “un fascista” según sus palabras, quien acudió a donde un militar y con 150 pts pudo hacerse con un informe suficientemente presentable para ir a África.

En Tzelatza de Anyera, a 35 km de Ceuta, en donde fue herido Franco en su juventud, hizo casi cuatro años de mili. Una buena mili para lo que estaba acostumbrado. Su labor era vigilar el paso de barcos por el estrecho de Gibraltar con un telescopio cogido por los alemanes a los rusos y regalado por aquellos a los españoles.

Hizo negocios con los marroquíes. Le daban carne de jabalí, que se la vendía al ejército y lo cambiaba por huevos o quinina, pues era una zona de alto paludismo.

El 3 de junio de 1943, Corpus Christi, casi le fusilaron. Su teniente debía de tener malos informes del SIM. Se le enfrentó y defendió su inocencia. El teniente lloró, se marchó y nunca más lo vio. Se licenció el 22 de junio de 1944, día de Santa Rita, patrona de los imposibles.

A su vuelta a San Sebastián, dos comandantes del Saseta, Andrés Plazaola y Cándido Salegi, le pidieron colaboración. Así comenzó con una serie de trabajos clandestinos que se sucederán durante 30 años. La propaganda, la preparación de la huelga de 1947, los microfilms del Gobierno Militar con destino a los Servicios del PNV, la acogida de presos y huidos, el reclutamiento de gente, las idas y las vueltas a/de Beirys, las peticiones de dinero, la colaboración con Radio Euzkadi en Venezuela con el nombre Jon de Igueldo... Gerardo fue un hombre de primera fila en la resistencia

nacionalista en Gipuzkoa. También tenía relación con otras fuerzas: los socialistas del Antiguo, los anarquistas de Amara, los solidarios... El dormir fuera de casa, por si acaso; sus retiros a Casalarreina, cuando las cosas se ponían feas, fueron hechos que su familia tuvo que soportar. “Fardamos mucho de organización, pero éramos unos desharrapados”, me señalaba con una sonrisa pícaro.

En 1951, año de la otra gran huelga, empezó a trabajar en Luzuriaga, en compras. De allá se jubiló en 1980. Siempre tuvo facilidades en la empresa. Ese mismo año de 1951, se casó con Lide Oñaderra Egaña, prima de Cándido Salegui. La conoció en las fiestas de San Pedro en Lasarte, en el tranvía que salía de la calle Peñaflorida, “un amor sobre la marcha” apuntaba con sorna. Su mujer le caló su pasado carcelario por su forma de sentarse y de hablar. “Te has sentado como mi primo”, le dijo ante su estupefacción. La pareja tuvo cuatro hijas (Itziar, las gemelas Idoia y Arantza, y Olatz) y un hijo, Mikel.

Fueron aquellos, 30 años de relación con los Rezola, Isasi, Elosegui, Solaun... y, sobre todo, con Juan Ajuriaguerra, un hombre al que todos, salvo Retolaza, trataban de usted. Un hombre con gran autoridad, que predijo el callejón sin salida de la violencia de ETA. Muy valiente, pero también terco. En cierta ocasión, cuando fardaba de que no le engañaba nadie, le tuvo que recordar a los italianos y la fecha del 25 de agosto de 1937. “Nadie nunca me ha dicho esto. No te lo tengo en consideración”, le dijo. Consideraba también que fue “demasiado Ajuriaguerra”, muy duro, con los chicos de EKIN y ETA.

Decía por él mismo, que “era un insensato”, y apuntaba con sorna: “era un hablador, a los hechos me remito”. A pesar de sus muchos cuidados, fue detenido varias veces y juzgado en seis ocasiones, pero nunca condenado en firme. Considera que la Guardia Civil era dura en los interrogatorios, al contrario que la Policía Armada, más profesional. El peor incidente fue la angina de pecho que sufrió en el cuartel de la Guardia Civil en 1967, era el día de San Ignacio y tuvo que ser hospitalizado. Aseguraba no haber dado un nombre. Leizaola dijo por él en esa ocasión. “*Gizona, beti gizon*”. Lo solía recordar cuando tenía momentos de debilidad y de depresión.

No fue a Munich en 1962, pues no tenía pasaporte. Consideraba que los jefes de ETA eran unos brutos y, a algunos que fueron jefes, “les faltaba un hervor”. Ayudó a esconderse y escaparse a varios. Intervino también ante un Pertur lloroso por la liberación de Ángel Berazadi. No hubo nada que hacer. También estuvo en Txiberta en 1977 y le afeó a Monzón el

que se autodenominara *jelkide* y presentara a los de ETA como los verdaderos gudaris.

Gerardo también participó en empresas culturales en esos duros años del franquismo como la *Schola Cantorum*, la formación de las primeras ikastolas o la creación de Radio Popular en la calle Campanario.

#### 4. En el Congreso de los Diputados

En Txiberta Pujana les dijo a los de ETA: “¡No nos asustéis! ¡Vamos a ir a las elecciones y las vamos a ganar!”. Y así fue.

Gerardo fue diputado por Gipuzkoa en las Cortes Constituyentes de 1977 y en las primeras legislativas de 1979.

En 1977 fue el tercero de la lista tras Arzalluz y Monforte. Se sentía poco apto para ir al Congreso, pues no tenía la cultura suficiente ante todos aquellos que tanto sabían, o “que presumían saber”, atornillaba. Creía que fue en ese puesto porque era muy conocido por la gente.

Con Arzalluz se llevaba bien. Destacaba de él su cultura y sobre todo sus “atronadores silencios”. Subrayaba especialmente su cariño por Kepa Sodupe, diputado nacionalista por Bizkaia: “era genial”.

Apuntaba también su cariño por Ramón Jáuregui, a quien conoció en Luzuriaga. Destacaba su mérito en su ascenso desde la escuela de aprendices de la fábrica. A Jáuregui le daba propaganda nacionalista, pues tenía puestas sus esperanzas en él. Luego le pidió propaganda socialista, y también se la dio, pero cayó en las redes de Enrique Múgica. Jáuregui le cita con cariño en sus memorias<sup>4</sup>, lo mismo que Mayor Oreja<sup>5</sup> en su libro.

---

(4) Jáuregui corrobora cada una de las palabras que me transmitió Gerardo. Señala: “Una de las grandes paradojas de mi vida y una ironía que no deja de ser un metáfora de nuestro pequeño país, es que mi primer acceso al mundo del socialismo tuviera que hacerse por mediación de un nacionalista. Gerardo Bujanda era un dirigente del PNV y un compañero de trabajo muy querido. A través de sus círculos y sus contactos en Francia, logró conectarme con los grupos socialistas en el exilio, y empecé a tener acceso regular a literatura socialista”

JÁUREGUI, Ramón: *El país que yo quiero. Memoria y ambición de Euskadi*, Planeta, Madrid, 1994, pp. 42-43.

(5) Jaime Mayor Oreja asegura que en 1979-1980, en aquellos años de terror, en los que la UCD se convirtió en la diana de ETA-pm, Bujanda le ofreció su propia casa como refugio.

...



Los últimos del Batallón Saseta con la ikurriña recuperada en la Diputación de Bizkaia. En el centro, empuñando la bandera Gerardo.

En el Congreso participó en la Comisión de Defensa e hizo amistad con el general Gutiérrez Mellado. De Suárez destacaba su importancia histórica: “le dio por saco a la Falange”, “se jugó el tipo”, “se rió de todos”, “supo encauzarlo”... eran algunas de sus citas textuales. De Felipe González señalaba que fue defensor suyo tras Suresnes, pero “que se le subió la tortilla”. Recordaba con mucho cariño a Rafael Escuredo, el primer presidente de la Junta de Andalucía. De otros políticos señalaba cosas menos publicables. Recordaba también con cariño a Ortzí, a quien Ajuriaguerra le mandó que le cuidara físicamente. “Muy buen chico”, apuntaba. Menos cariño tenía hacia Bandrés.

...

ALONSO DE LOS RÍOS, César: *Esa gran nación. Conversaciones con Jaime Mayor Oreja*, Libros Libres, Madrid, 2007, p. 48.

Consideraba que la posición abstencionista del PNV ante la Constitución fue la correcta.

Le pregunté por la noche del 23 F. Me relató cosas algo chuscas. Perdió 17 cafés a los chinos con Monforte durante la noche. Recordaba a Bandrés pidiendo confesión a Urralburu. También a un guardia civil dándole galletas a Elgorriaga, diputado del PNV por Bizkaia. Al día siguiente, Suárez, que no sabía su nombre, se despidió de él con un “Gracias, vasco”.

Miembro del GBB y del EBB, participó en los sucesos y asambleas que llevaron a la escisión del partido. Defendió la bicefalia de su partido. Tenía buena opinión de Garaikoetxea como lehendakari; tenía talante y fue buen gestor, pero fue mal dirigente de partido.

En 1986 dejó el EBB y desde entonces pasó a la reserva, acudiendo solamente a las asambleas del partido.

Fue la de Gerardo una vida donostiarra, y no cualquier vida, una vida larga y plena. Casi, novelesca. Gerardo Bujanda Sarasola murió en su casa de Benta Berri, en San Sebastián, el 4 de septiembre de 2019.

*Pedro Berriochoa Azcárate*  
Amigo de número